

LA

ESTRATEGIA

DEL

CAPITAN

En un artículo anterior (**El Capitán más grande de la Antigüedad**, Rev. de las Fuerzas Armadas, N° 52, Spt.-Oct. 1968) hablamos de **Julio César**. Pero solo asistimos a una batalla, de las treinta en que tomó parte. Y pues, comensamos a admirarle, penetremos un poco más en su vida, en sus actividades guerreras y de estadista, y en los móviles de su ambición. No será fácil ser breves: la vida militar es muy compleja, y **Julio César** es un hombre genial.

Preferible ser el primero en un pueblo, que el segundo en Roma.



Por **MANUEL BRICEÑO JAUREGUI S. J.**

La indómita energía del Capitán solo corre pareja con una ambición insaciable. Dos años antes de la campaña contra los Nervos (de que tratamos antes), César ha trazado un plan gigantesco. Los políticos se valen de los votos del pueblo: él necesita un ejército. Los políticos desempeñan sus cargos civiles, y sin conocer la ciencia de las armas se ven obligados a mandar ejércitos. Tal es la costumbre romana. Cé-

sar no quiere mendigar su influjo. El ya tiene su táctica...

El ideal de los políticos romanos es llegar -como la meta de sus aspiraciones- a desempeñar un año el consulado. Eso les basta. ¿Por qué? Porque el año siguiente serán enviados como gobernadores (y jefes de las tropas) a una "provincia", de tantas como están sometidas a Roma. Allí podrán explotarla a su gusto, administrar justicia según su leal entender, para regresar al cabo con capital suficiente para salir de deudas y pasar holgadamente la vida en adelante. Esa es, al menos, la costumbre de casi todos los ex-cónsules. Pobres colonos explotados!...

Y aquí tenemos a César, como cualquier romano de altas aspiraciones. Solo que la ambición es tan grande como su genio. El dinero será meramente un medio. Cneo Pompeyo, —otro gran general y amigo de César—, no puede soportar a nadie igual a él; Julio César, en cambio, no soporta a nadie superior a él. **Prefiere ser el primero en un pueblo, que el segundo en Roma.** Tal es la situación, cuando llega al consulado César. Desempeñada la magistratura tendrá derecho a una "provincia" que gobernar... Pero los políticos lo miran con desconfianza. Saben que ese hombre es capaz de prescindir de ellos o pasar por encima. Y así el Senado, en virtud de una prerrogativa constitucional, le va a hacer una jugada maestra (según cree); decreta que al terminar el consulado César y el colega —porque los cónsules son siempre dos— tendrán esta vez como "provincia" un cargo especial:

la supervisión de caminos y bosques de Italia!... Es un desafío a los planes del ambicioso patricio. Pero César está alerta: Ante la Asamblea del pueblo —y prescindiendo de los **padres de la patria**, se asegura la aprobación de un estatuto legislativo (**Lex Vatinia**) que le confiere la gobernación de la Galia Cisalpina e Iliria por un periodo de **cinco años!** Y que el Senado desapruébe, si quiere, lo que aprobó el pueblo! Más aún, obtiene que el Senado mismo le añada la Galia Trasalpina, donde sabe César que está a punto de desencadenarse un tormenta que amenaza barrer con la civilización romana... Por otra parte, a los políticos parece bien que ese hombre peligroso se ausente de Roma por cinco años; y como los bárbaros amenazan, quizás acaben con él! Pero no caen en la cuenta de que es una provincia militar de primer orden, relativamente cerca de Italia, campo magnífico de operaciones y gran área de reclutamiento. Julio César, más que dinero, más que vida holgazana, **necesita un ejército a su disposición:** en varios años de conquista y luchas puede hacerlo glorioso y adicto ciegamente a su General!... El tiempo y la fortuna añadirán el resto!...

Llegada a las Galias.

Es la primavera del año 58 a. C. Los Helvecios, pueblo belicoso que habita el territorio de la moderna Suiza, han determinado emigrar a los confines del Atlántico. Fijan el 28 de marzo para la partida. Llevan ya dos años preparándose. La invasión debe pasar por te-

territorio romano conquistado: precisamente por la Provincia que, al terminar el consulado, se le asigna por fin a César. El está en Roma todavía. Sabe la noticia: que los Helvecios ya han quemado sus propios pueblos y aldeas —más de 400—, con el propósito de no retornar; que todo el pueblo avanza con carruajes y animales, llevando las mujeres, niños, provisiones... Son cerca de 400.000, de los cuales 90.000 son guerreros...

Ante tales nuevas César va a lanzarse a la aventura. Vuela de Roma, y en jornadas de 150 kms. por día —la célebre **rapidez cesariana**— devora distancias, cruza los Alpes, toma el mando de la única legión (la famosa X) acantonada en la Provincia —no son más que 3.600 hombres—, ordena un reclutamiento general, y para ganar tiempo abre negociaciones con los helvecios. Pero dice que teme un engaño, y por eso pide 15 días para resolver... Es solo táctica. Mientras tanto destruye el puente sobre el Ródano en Ginebra (Ginebra), fortifica la banda izquierda del río en un espacio de casi 30 kms., distribuye guarniciones para su defensa al mando de Tito Labieno. Cuando al recibir de César la respuesta negativa, los Helvecios intentan de noche pasar, son rechazados y tienen que girar hacia el oeste buscando otra ruta.

Dúnmorix, príncipe eduo, hermano del exiliado Diviciaco que está ahora con César, es el **líder** del partido nacionalista anti-romano. Este persuade a los vecinos sécuanos que les den paso franco por su territorio. Con eso, pese

a las negativas del capitán romano, estará asegurado el paso de los Helvecios por la Galia. Pero de César no se burla nadie. Y resuelve impedirlo.

Comienza la marcha de los Helvecios: allá se ve zigzagueando, a través de las montañas, el lento cordón de carruajes y animales de carga, de luces, cascos, corazas, gritos, rumores, silbos y cánticos... Entretanto, César regresa veloz a la Galia Cisalpina; quiere traer las tres legiones que están invernando en Aquileya y las dos nuevas de reclutas que acaba de formar. Será un total de 21.600 hombres. Con rapidez increíble —porque la prontitud de movimiento es uno de los principales elementos de sus éxitos en la guerra— pasa con su ejército los Alpes; algunas tribus bárbaras, desde posiciones elevadas, intentan impedirle el paso; las derrota fácilmente, llega a los límites de su provincia, se detiene un instante, audaz atraviesa las fronteras y pasa a territorio ajeno, y a marchas forzadas da alcance a los helvecios que están pasando el río Saona: ellos han gastado 20 días construyendo un puente de lanchas y canoas para pasar tanta gente.

César llega apenas a tiempo. El grueso de los helvecios, después de saquear y asolar los últimos confines de los Alóbroges, ha cruzado ya el río y desciende como un enjambre de langostas sobre los campos y sembradíos de los eduos, **aliados** del pueblo romano. Al menos hay esta disculpa. La retaguardia de los helvecios —casi la cuarta parte del enemigo— está aún a este lado del Saona. Cerca de la me-

día noche, deja César el campamento, marcha con los suyos valle arriba por el terreno fangoso que oculta su llegada, y arroja su legiones sobre la desprevénida multitud que se aglomera en las balsas. Los que escapan de la muerte, desaparecen en la selva...!

En 24 horas construye César un puente de lanchas sobre el río, transporta su ejército entero a la otra ribera, y sigue en persecución del grueso del enemigo. Impresionados por tanta prontitud, los helvecios que han gastado tres semanas en el paso, envían una embajada: "que donde César quiere allí se han de establecer, con tal de que los deje tranquilos; pero que si quiere la guerra no le tienen miedo; que los romanos se acuerden de otros tiempos...". "César, en efecto, les recuerda la traición que cometieron con los soldados de Casio, años antes; pero que está dispuesto a olvidarlo todo con tal de que reparen los daños causados ahora a los aliados del pueblo romano, eduos y alóbroges; y en señal de garantía, que le den rehenes". Los embajadores helvecios, altivos y dignos, rechazan semejante propuesta: "su costumbre —dicen— es recibir rehenes, no darlos..."

Los emigrantes continúan su marcha hacia el oeste, luego al norte. César envía adelante la caballería para vigilar los movimientos del enemigo. Quince días continuos les va siguiendo con sus legiones, a una distancia de 6.000 metros, buscando la oportunidad para el combate en campo abierto.

La presencia de las legiones ha obrado un cambio radical en la política de

los eduos; Diviciaco gana partidarios; prometen alimentar el ejército; y un escuadrón de caballería de los eduos pasa al servicio del General romano; lo comanda precisamente el jefe del partido nacionalista anti-romano, Dumnorix, hermano de Diviciaco. Pero el comandante de la caballería edua está bajo la vigilancia de César: quizás así sea menos peligroso... Pero Dumnorix mantiene al enemigo informado de todos los movimientos del ejército... Y los víveres prometidos por los eduos comienzan primero a escasear, luego no llegan... La situación va tornándose crítica para los romanos; y cuando César se halla frente a Bibracte (Autún), capital de los eduos, se ve obligado a abandonar la persecución de los helvecios y a alejarse en busca de provisiones. Esto envalentona al enemigo quien, achacándolo a temor, se resuelve a atacar. Ninguna oportunidad mejor para el genial Capitán, que los espera en una posición fortificada.

Batalla campal.

César sabe que una derrota será la aniquilación suya y de todo su ejército. Pero sus legiones —excepto la X— están apenas parcialmente ejercitadas, y muchos de sus oficiales sin experiencia, en los cuales pueden confiar poco: así que, para mostrar a sus hombres que él estará con ellos, que participará de sus mismos peligros y que no habrá riesgo de retirada, se desmonta, ordena lo mismo a su Estado Mayor, y manda retirar lejos todos los caballos. Arenga

a los suyos, y empieza la batalla. Es la una de la tarde. Los helvecios en masa compacta y apretada hacen retroceder la caballería edua; cierran el bloque de escudos, y en falange impenetrable embisten monte arriba. Aguardan los centuriones espada en mano, mientras arrojan vigorosos legionarios las jabalinas... Se quiebra el bloque de la falange enemiga. La punta de las jabalinas, de hierro dulce, se dobla al penetrar en los escudos. Los helvecios se sienten impedidos por el estorbo de aquellas picas que se esfuerzan por arrancar, mientras las cohortes romanas siguen atacando con la espada; el enemigo desesperado arroja lejos el escudo, y queda sin protección, pero resiste; muchos van cayendo... y por fin se les ve retroceder...

Pero es solo táctica. Hábiles Guerrilleros quieren sacar a los romanos de sus posiciones fuertes. Empiezan los legionarios a perseguirlos, cuando 15.000 tulingos, que acaban de salir al campo en favor de los helvecios, acometen con violencia sobre el flanco derecho y la retaguardia. Vuelven al instante los helvecios, y mientras las dos primeras líneas de los romanos se traban con ellos, la tercera sale al encuentro de los tulingos.

Ahora el combate es duro, largo, fiero. Las filas de retaguardia relevan a los del frente, avanzando poco a poco a medida que se retiran los primeros; y a su vez, los relevados remplazan a los de vanguardia cuando estos se fatigan o caen; las cohortes de la segunda línea sustituyen a las de adelante, y así, los grupos forman un bloque inque-

brantable. Son entonces los helvecios los que se ven acosados más allá de la colina, y los tulingos retroceden hasta los bagajes. Detrás del muro de vehículos arrojan piedras, dardos, flechas, sobre los romanos que avanzan, y por entre las ruedas de los carros siguen disparando lanzas y picas cuando estos intentan el asalto. Las mujeres y los niños toman parte en la defensa. La lucha se prolonga hasta bien entrada la noche. Entretanto, los helvecios son protegidos por la resistencia de sus aliados, que le cubren la retirada. Por fin, rompen los legionarios la barrera: pasan a cuchillo hombres, mujeres, niños, cuantos no pueden huir; y los fugitivos desaparecen en las tinieblas de la noche...

César no puede salir a perseguirlos: sus tropas están exhaustas; la caballería edua no merece confianza; falta tiempo para curar a los heridos, enterrar los cadáveres y esperar víveres de Bibracte... Las pérdidas de los helvecios han sido enormes... Pero no se han burlado impunemente. César ordena a los alóbroges suministrar alimento a los sobrevivientes, y los devuelve a su patria para que sirvan de barrera contra las hordas abigarradas de germanos migratorios, a quienes está a punto de dar una tremenda lección.

Consecuencias

En tres meses, los helvecios, de peligrosos enemigos se han convertido en guarnición romana; los eduos, arvernos y sécuanos —pueblos vecinos y "aliados" de Roma— han sido testigos del

poder de las legiones de César. Pero hay también algo nuevo: **quien ahora dirige las operaciones no es un Senado inseguro y vacilante**, de largos cursos y debileraciones!... César conoce aquella mentalidad intransigente: y **ha tomado sus propios caminos!** No ha esperado a que el Senado le permita salir de su Provincia y hacer la guerra a los helvecios en terreno ajeno. Pues bien, ahora, otra vez **bajo su propia responsabilidad**, marcha hacia el N. E. para expulsar de la Galia a los germanos: así ya no tendrá rival! Desde niño, cuando un galo romanizado era su tutor, ha aprendido a admirar y a estimar a los galos.

La irrupción de los helvecios ha servido muy bien a los propósitos del Capitán. Se encuentra ya en el corazón de la Galia y, lo que es más importante aún, ha llegado como el Campeón y Protector de los pueblos celtas contra las amenazas de hordas intrusas que empiezan otro de tantos intentos de invasión. Mas, todavía, comienzan a llegar multitud de jefes galos para darle las gracias y suplicarle nerviosamente que **complete la obra comenzada**

Ríos de sangre.

Ariovisto es el capitán de los germanos que han empezado a traspasar las fronteras propias. César pide al momento una entrevista con el germano, quien al principio la elude; y oyendo que nuevos refuerzos están cruzando el Rin, marcha a toda prisa a Vesontio (Besanzón), y de allí sigue

a las llanuras de Alsacia, donde obtiene una victoria en toda la línea. Ariovisto con el resto de sus fuerzas emprende la fuga al otro lado del río...

Estos sucesos alarman naturalmente a las tribus del Norte, que forman una confederación de varios pueblos —nervos, aduátucos, viridomanduos— “los más valientes entre los galos”. El verano siguiente, en un desesperado combate a orillas del Sambre, son derrotados, como ya referimos en otra ocasión.

La colocación de los cuarteles de invierno en el valle del Loira, donde su lugarteniente Craso, el joven, con una sola legión (3.600 hombres) ha sometido media docena de tribus, revela el objetivo básico de la magistral estrategia cesariana; porque extendiendo de esta manera el dominio de los distritos Norte y Sur, va encerrando las tribus del centro y surceste. Del oriente ya han llegado embajadas amigas...

Sin embargo, algunas tribus del N. subyugadas, entendiendo que César tiene ahora el plan de pasar a la Gran Bretaña, determinan interferirle el paso. Sacuden el yugo a comienzos del 56 a. C. Cunde por todas partes la revuelta, César, a marchas forzadas, llega desde el Ilirico donde estaba reclutando gente, cruza el Loira, invade la actual Normandía y la Bretaña Menor; pero no puede hacer progreso alguno sin antes destruir la poderosa flota de los vénetos: que son 200 naves de altas proas que dificultan el abordaje e impulsadas por enormes ve-

las de piel muy resistentes. Ordena la construcción a toda prisa de una escuadra naval en la desembocadura del Loira. Bajo el comando de Décimo Bruto se traba la pelea en las encrespadas aguas del Atlántico: la armada véneta lleva la ventaja; las galeras romanas con sus espolones no pueden echarlas a pique. La acción dura diez horas. Pero al cabo la victoria se decide: porque cesa el viento, las naves bárbaras, sin remos, se paralizan; los romanos se lanzan al asalto y cortan con hoces adheridas a largas picas los estayes y las jarcias que sujetan los mástiles. Tras lucha encarnizada los vénetos se rinden. Como escarmiento para otros pueblos, que pueden rebelarse, los sobrevivientes son tratados con extrema severidad: el Senado Véneto es ajusticiado, y los soldados y civiles vendidos como esclavos...

Los comentarios de la guerra.

Durante los meses del invierno vuelve César, según costumbre, a la administración y negocios de su Provincia Cisalpina. De paso recibe noticias de lo que sucede en la Capital, de la marcha de la política, de los rumores encontrados de amigos y enemigos contra

sus campañas y sus victorias, y desde allí dirige los rumbos de la nueva política romana... Cerebro organizador! Y así los años siguientes. Pero ya hay señales del rompimiento próximo entre él y el Senado... Sin embargo, César emplea las horas muertas del invierno en la redacción de sus célebres **comentarios** que publica en seguida, a fin de que el mundo romano tenga en una forma breve la historia de la **Conquista de las Galias**, junto con los motivos que a su parecer justifican sus acciones. Con eso responde también a las críticas que en el Senado se han levantado contra él.

El título es modesto. Los considera simples notas —material de primera mano— para futuros historiadores. Pero su genio como escritor corre parejas con el genio del soldado. El mismo Marco Tulio Cicerón reconoce que los **Comentarios** de César están escritos para todos los tiempos: nadie podría esperar que contara sus hazañas mejor que César! Y aun cuando narra su propia historia lo hace con gracia y modestia: deja a los hechos que hablen por sí solos...

Y baste por hoy. Aún queda mucho que decir, como veremos en otro artículo.

